

No van a la escuela, pero tienen mucha clase

ATENTOS COMO GALLOS, LISTOS COMO ZORROS

— Ramón Núñez —

DEL GALLO



Alimenta un gallo, pero no lo sacrificas, pues está consagrado a la Luna y al Sol. Pitágoras de Samos. Filósofo. (S. VI a. C.)

Critón, le debemos un gallo a Esculapio; por favor, no te olvides de pagarlo. Filósofo (S.V a.C.)

Era como un gallo que cree que el sol sale para escucharle. Mary Ann Evans (George Eliot). Escritora (1819-1880)

Esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Evangelio de Mateo (26,34)

Un gallo puede cantar mucho más alto en su corral que en ninguna otra parte. Anthony Trollope. Novelista. (1815-1882)

Pitágoras y Diógenes

¡Quién iba a decir que los gallos nos llevasen a la filosofía! La más conocida entre esas citas es la de Sócrates, la que encierra sus últimas palabras ante de morir, y sugiere que el ateniense quería marcharse ligero de equipaje. Resulta fresco lo de encontrar un filósofo tan pegado a la tierra. Otra cosa es la recomendación pitagórica, que es re-

ligiosa y normativa, de lo que nadie debería sorprenderse, pues el código de aquella filosofía era muy completo. Por ejemplo, también prohibía comer las habas (las llamadas verdes, o tiernas), resolver el fuego con un instrumento de hierro, llevar anillo o reirse abiertamente, y aconsejaba cosas tan útiles como escupir sobre los restos de cortar el pelo o las uñas, calzarse comenzando por el pie derecho y otras sutilezas.

Pitágoras no resulta simpático. Hasta diría que fastidia la fama que tiene de filósofo científico. Primero, porque el teorema que lleva su nombre y que establece la relación entre las longitudes de los lados de un triángulo rectángulo, no es suyo. Aquella relación era conocida ya por los antiguos egipcios, y es probable que el joven Pitágoras lo aprendiese de ellos, cuando acompañaba a su padre en los viajes de negocios por aquellas tierras. Pero lo peor es que el de Samos influyó negativamente en la historia de la ciencia, tanto directa como indirectamente a través de Platón. Fundó una extraña secta religiosa, de hombres y mujeres que practicaban la mística y el secretismo. Estos tenían una especie de adoración por los números y sus relaciones, pensando que en ello estaba la clave del funcionamiento del Universo, y también observaban un culto especial a las figuras geométricas. De sus ideas tenemos aún prejuicios en nuestra cultura: el diez, el círculo y la esfera eran circunstancias propias de la perfección. (Aún ahora decimos que algo nos ha salido redondo). Pero la realidad no sabe de esas perfecciones.

Afortunadamente, no todos eran iguales. Por ejemplo, Diógenes parece más científico que Pitágoras. Al menos lo fue en aquel episodio de gallo que narra Diógenes Laercio, el escritor del siglo tercero. Según cuenta este último, sucedió que Diógenes de Sínope, el cínico, sabiendo que Platón había definido al hombre como "animal bípedo sin plumas", cierto día desplumó un gallo y se lo fue a llevar a la Academia, diciendo: "esto es un hombre según Platón". Parece ser que luego a la definición académica le añadieron: "con uñas anchas y planas". El sentido crítico ayuda a definir.



DEL ZORRO

Quando se llega a alcanzar al zorro no se disfruta, se persigue por el placer de perseguirlo. Sydney Smith. Ensayista. (1771-1845)

El zorro cambia de piel, pero no de costumbres. Cayo Tranquilo Suetonio. Historiador (69-41)

El zorro maldice la trampa, y no se culpa a sí mismo. William Blake. Poeta. (1757-1827)

El zorro sabe muchas tretas, pero el erizo conoce la más importante. Arquíloco de Paros. Poeta. (s. VII a.C.)

El príncipe debe ser un zorro para distinguir las trampas y un león para amedrentar a los lobos. Niccolò Machiavelli. Político. (1469-1527)

Ya madurarán

Me gusta dedicar este espacio al zorro. Como homenaje a Arsenio, entrenador del equipo de fútbol, Super-Depor, de La Coruña. Pero me resultó difícil encontrar frases adecuadas. Sobre todo, porque muchas de las citas eran específicas de la hembra de *Vulpes vulpes*. No es que todas las sentencias que quedan me entusiasmen, pero ya hay material para jugar un poco. Porque esto también es un juego, ¿me entiendes? Alguno, por ejemplo, ya estará pensando quién sería en la parábola liguera el erizo que nombra Arquíloco y quién puede ser el león que pide Maquiavelo. Los lobos son más fáciles de identificar.

La costumbre de poner todo en fábulas es antigua y útil, utilizando animales para hablar de acciones o comportamientos de las personas. Así, de un tirón, recuerdo haber oído de alguno que es fiero como el león o fuerte como un toro, trabajador como una hormiguita, ágil como una gacela, listo como una ardilla, con la vista de lince, que cambia como un camaleón, hace como el avestruz, ve como un topo, presume como un pavo real, duerme como un lirón, corre como una liebre, es manso como un cordero, prudente como una serpiente, alto como una jirafa, pequeño como una pulga, pesado como una mosca, carroñero como un buitre, egoísta como un cuco, escurridizo como una anguila, charlatán como un loro, o utilizar otras comparaciones que pienso que ya son despectivas con los animales. Hablar, por ejemplo, de tener cabeza de chorlito, ser miserable como un gusano, cobarde como una gallina, ser un burro, derramar lágrimas de cocodrilo, hablar por la boca de ganso, ser mosquita muerta, salir rana, ser un mulo, ser una zorra, estar como una cabra, ser un borrego, estar hecho una vaca o una foca, comer como un cerdo, ser un chinche, hacer el mono, ser terco como una mula, ser una rémora y hasta ser un cabrito, ya sin necesidad de que crezca.

Nunca me acordé de preguntar a Arsenio si le gustaba el animal que le han buscado como símbolo. En esa elección se piensa en virtudes como la prudencia y la astucia, pero todos sabemos que muchas cosas más que la sagacidad hubo de poner para conseguir que los niños de una ciudad, de un país, le sigan como al flautista de Hamelín. Para llenar de ilusión durante tanto tiempo a los niños de todas las edades. Recordemos una fábula que decía: una zorra hambrienta, como viera unos racimos colgados de una parra, quiso apoderarse de ellos y no pudo. Marchándose, dijo para sí: "no están maduras, pero pienso volver dentro de una temporada, con una vara más alta" ¿me entiendes?



DEL PERRO

Los mismos perros que riñen por un hueso, cuando no lo tienen, juegan juntos. Samuel Bulter. Poeta (1612-1680)

Cuanto más conozco a los hombres, más admiro a los perros. Marie de Rabutin-Chantal (Mme. de Sévigné). Escritora. (1626-1696)

Quien quiere ahogar a su perro, dice que está rabioso. Jean Baptiste Poquelin. (Molière). Comediógrafo. (1622-1673)

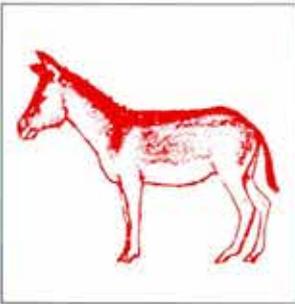
Los perros no molestan hasta que ladran, y los necios, hasta que hablan. George Bernard Shaw. Comediógrafo (1856-1950)

El perro faldero sospecha que todo el universo conspira para cogerle el sitio. Rabindranath Tagore. Poeta (1861-1941)

Parábola de las mordeduras

Hay una frase que se usa como definición de lo que es una noticia. Afirma que no debe considerarse como tal el que un perro muerda a un hombre, pero sí el que un hombre lo haga con un perro. Como sucede con muchas citas famosas, ésta se atribuye a varios autores: entre otros, a John B. Bogart, que fue editor del neoyorquino *The Sun* entre 1873 y 1890, y también al redactor del mismo periódico Charles A. Dana (1882). Por cierto que por los años en que se acuñó la idea, en 1899, se aplicó por primera vez el tratamiento contra la rabia, en forma de un suero que inmunizaba al paciente si se le administraba en las 24 horas siguientes a la mordedura. Desde aquella frase a hoy pasó todo el siglo XX. Las vacunas y sueros progresaron, la población mundial, que era entonces de 1.500 millones, casi se multiplicó por cuatro, la ciencia y la técnica dejaron a la sociedad occidental irreconocible para sus progenitores, y los medios de comunicación son muy diferentes de aquellos periódicos que aún no tenían bombillas.

En nuestros días, Tirso vive en un lugar donde nunca se supo que nadie mordiera a un perro. Una vez llegó la noticia de que en Kinicia, lejano país, un joven le había clavado los dientes a un caniche. Por la noche vio la escena por la tele, y en el resumen semanal pudo conocer las circunstancias del hecho. Semanas después se enteró de que era un fox-terrier quien sufría las dentelladas de una ciudadana en Canisville. Prensa, radio y demás dedicaron a la nueva mordedura amplio tratamiento. La noticia fue analizada con detalle. En una entrevista por la octava cadena se comentaban los comprensibles móviles –completamente humanos– de la acción, "dado el estado síquico y la situación social de la mujer". A los pocos días Tirso volvió a oír de otro caso, ahora protagonizado por un emigrante, de raza blanca y contra un perro sin pedigree. Los diarios publicaron fotografías del joven y del perro. En los meses siguientes la cosa se repitió. Las revistas y los canales realizaron amplios reportajes. Dicen que si uno de cada 500 millones de seres humanos muerde una vez al año a un perro, Tirso García leerá-oír-á- verá (varias veces) cada mes noticias de nuevas mordeduras. Quizás él no lo habría imaginado jamás, ni nadie en su familia, ni en su lugar, ni en su país, pero él termina creyendo normal que en la aldea del mundo los hombres muerdan a los perros. Tirso opta por ladrar, por ladrar hasta el agotamiento, convencido de que es una solución para no llegar a hacerlo.



DEL BURRO

El buey conoce a su amo y el burro el pesebre de su señor. Libro del profeta Isaías (1-3)

Es ocioso tocar la lira para un burro. Eusebius Hieronymus (San Jerónimo), Monje (342-420)

El que ha querido ser burro no puede molestar a los otros le montan. Thomas Fuller, Escritor. (1608-1661)

He pecado contra mi hermano el burro. Francisco de Asís, Monje. (1181-1226)

Con la ayuda de un cirujano, él todavía recuperase, y resultar un burro. William Shakespeare, Dramaturgo. (1564-1616)

Un libro es un espejo; si es un burro quien se pone delante, no puede esperarse que salga la imagen de un genio. Georg Christoph Lichtenberg, Crítico teatral. (1742-1799)

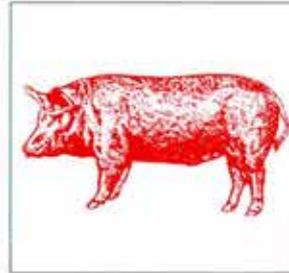
El asno de Buridan

Jean Buridan no tenía, que yo sepa, ningún burro. Ni lo era. Lo que sucede es que este célebre dialéctico de comienzos del siglo XIV puso en cabeza de asno un viejo problema que ya antes había sido sugerido por Aristóteles en versión de perro, y que Dante planteó colocando al hombre como protagonista. Aquella cuestión, con derivaciones a la causalidad, el determinismo, la probabilidad y la simetría, planteaba en definitiva lo del libre albedrío, y el método que sigue uno para decidirse cuando se le presentan dos opciones de igual atractivo. (Nadie piense ahora en campañas electorales, que no es el caso, sino en por qué Buridan habrá elegido al burro como símbolo-víctima de las indecisiones).

El asno es un animal con imagen. Formó parte, según la tradición, en el portal de Belén, de la cercanía de Jesús, y es objeto de la iconografía religiosa en momentos como la huida a Egipto o la entrada triunfal en Jerusalén. Símbolo de humildad, paciencia y tesón, no es extraño verlo como mascota en una obra, instituto o agrupación. A lo mejor un día de éstos hasta nos aparece una entidad bancaria ofreciéndonos la libreta del burro, para hacer competencia al elefante, como en América. (Van a salir otra vez las elecciones; será mejor irse al fútbol).

Para no hablar de los árbitros, me referiré a los jueces de línea, que son los que con mayor frecuencia sufren la indecisión del asno de Buridan. El problema para ellos consiste en que no saben si mirar a la pelota que sale disparada o al jugador que también sale disparado. Tan es así el dilema que en el Estadio Municipal de Riazor la gente suele llamar burro al juez de línea. Hay quien grita ¡linier!, que no sé si es mejor, porque ya se sabe que Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera... bueno, éste era un burro genial (Juan Ramón lo pondría así). Quizás la llamada en algún caso se refiera al jugador (contrario, por supuesto) dado que, como se sabe, la carne no es transparente y el del banderín tampoco tiene la culpa de que se le ponga delante alguien a teparle la perspectiva.

Leí en un libro sobre supersticiones españolas que si sueña que un asno va corriendo, pronostica desgracia; si se detiene, murmuraciones y calumnias; si rebuzna, desazones y perjuicios, y si se le ve comer, tormentos. La cita de Francisco de Asís que figura en la relación corresponde al momento de la muerte del monje. Tiene razón. No insultemos a los burros confundiendo con los hombres.



DEL CERDO

Las criaturas pasaban su vista del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo, y de nuevo del cerdo al hombre; pero ya era imposible decir cuál era cual. George Orwell, Novelista (1903-1950)

"Si te vas a convertir en cerdito, cariño", dijo Alicia muy seria, "no voy a querer saber nada de tí. Ténlo en cuenta". Charles Lutwidge Dogson (Lewis Carroll), Escritor (1832-1898)

Comestible, adj.: bueno para comer, y sano al digerir, como un gusano para un sapo, un sapo para una serpiente, una serpiente para un cerdo, un cerdo para un hombre, y un hombre para un gusano. Ambrose Bierce, Escritor (1842-1914)

En cada corazón humano hay un tigre, un cerdo, un asno, y un ruiseñor. La diversidad de caracteres se debe a la desigual actividad entre aquellos. Ambrose Bierce, Escritor. (1842-1914)

Moratoria cuaresmal

De la lectura de las frases se concluye que el cerdo no es un lobo para el hombre. Evidentemente tampoco es el mejor amigo del hombre. Yo diría que algo más, y que es sospechosa la insistencia de citas en confundir las identidades humana y porcuna (metafóricamente hablando, por supuesto). Se ve una relación singular entre el hombre y el cerdo, que no es la que tienen los humanos con otros animales domésticos, y lo demuestra que el conjunto de citas no funcionaría si ponemos en lugar del cerdo otro animal como el gato, el perro, el buey o el cordero. Además, creo que no hay nada que se use tanto como elemento de comparación para los seres humanos; casi siempre de forma poco agradable, utilizándose para subrayar la suciedad (estar como un cerdo), la glotonería (comer como un cerdo) o la ignorancia (margaritas a los puercos). Es que las comparaciones, para ser odiosas, han de ser posibles.

Los puercos fueron de los primeros animales en acercarse a los humanos. Venían a comer de lo mismo que le podía sobrar al desorganizado agricultor primerizo, y los pastores despreciaban al cerdo, quizás por verle comer de todo. (¿Sería esto envidia o rivalidad?). Hay quien piensa que el rechazo nació de verlo tan semejante, dado el parecido anatómico con el hombre. Pero el caso es que tampoco se le combatía. Era como un sentimiento ambivalente. Por ejemplo, en tiempos de Herodoto no se permitía que los cuidadores de las piaras de cerdos se casasen con las demás personas, y en el Egipto antiguo se consideraba al cerdo un animal tan sucio que nunca se representaba en textos y cuadros, aunque sin embargo, lo comían. No te quiero, pero te como. La cosa estaba más clara, —y mejor para los cerdos— entre judíos y musulmanes, gracias a la prohibición de Moisés.

Nuestro equilibrio occidental ha asimilado esas censuras, disfrazándolas de moratorias cuaresmales. No está mal un descanso. "Memento homo quia pulvis es...". Mientras recordamos que venimos de polvo y al polvo volveremos, dejemos transitoriamente en paz a los puercos, y agradeceremos las satisfacciones que nos ofrecieron en carnavales. Yo creo que, en el fondo, aquí, le apreciamos. Y que el comerlo es otra forma más de quererlo. Eros y Tanatos. Es una lástima que la comida implique casi siempre la muerte. Digo "casi" no por los vegetarianos, sino por las plantas, únicos organismos que consiguen vivir sin matar, alimentándose de la luz. Por eso no tienen colesterol, pero no saben lo que se pierden.